

SAN BENITO Y LA TEOLOGIA DE LA VIDA RELIGIOSA

La celebración de los 1500 años del nacimiento de San Benito de Nursia (480-547) constituyó una ocasión muy favorable para reflexionar sobre los valores y la actualidad del monacato en general dentro de la vida de la Iglesia y para recordar las líneas fundamentales del pensamiento y del mensaje del que ha sido llamado "Patriarca de los monjes de Occidente".

Durante el año jubilar de 1980 ha aparecido una serie de estudios sobre la Regla de San Benito (RB) y hemos recibido también la orientación del Santo Padre, Juan Pablo II, que en diversas ocasiones dirigió su palabra a los monjes y monjas, que siguen la tradición monástica benedictina. Recordamos sobre todo la Carta Apostólica "Sanctorum Altrix", del 11 de Julio de 1980 y el discurso del Santo Padre en Nursia (Os. Rom. 30/3/80) así como la homilía que pronunció en Monte Casino el 20 de Septiembre del mismo año.

"Ciertamente —decía el Papa en Monte Casino— una larguísima y jamás interrumpida tradición —esto es, la más larga de todas que puede compararse a la de la Iglesia— ha comprobado la nobleza, la hermosura y fecundidad de la espiritualidad benedictina. Gloriaos de ella, por tanto, con santo afecto, y teniendo en cuenta las necesarias y prudentes acomodaciones introducidas de acuerdo con los cambios de nuestro tiempo, seguid por el camino que marcó vuestro antiguo padre y legislador, y los padres de vuestra tradición... Continudad, de acuerdo con el mensaje de su doctrina, desarrollada por la sana tradición y practicada por vuestro ejemplo fiel; continuad —digo— también hoy y en el futuro, predicando la potencia de la fe, la dulce tarea de la oración cristiana, el ardiente amor a la liturgia, las ventajas de la autoridad y la obediencia, el cultivo de la lectura divina y de todos los estudios sagrados, la dulzura de vuestro canto gregoriano, el entusiasmo diligente en los trabajos intelectuales y manuales, la dignidad del comportamiento exterior en las actitudes, así como en el hábito religioso, la alegría de la vida común y, ante todo, la adquisición sincera de la caridad y la paz".

Un estudio completo de la espiritualidad benedictina exigiría un análisis de todos estos elementos y valores recordados por el Santo Padre. En estas reflexiones me voy a limitar a algunos aspectos, recordando, en primer lugar la ubicación histórica de San Benito¹ dentro del monacato primitivo, para presentar luego algunos valores de la Regla y de la experiencia monástica benedictina, que pueden ser útiles para la teología de la vida religiosa en general, tales como: la Regla y el Abad²; la Sagrada Escritura en la RB y en la vida religiosa³; la comunidad⁴; la oración y la contemplación⁵; el trabajo⁶. Todos estos elementos podrían estudiarse a la luz de toda la tradición monástica. Pero, tratándose especialmente de San Benito, me voy a referir casi exclusivamente a la enseñanza de la Regla de San Benito, que ha sido, en realidad, la obra que inmortalizó al santo de Nursia. El influjo histórico ejercido a lo largo de 15 siglos por el primer Abad de Monte Casino se debe casi exclusivamente a su famosa Regla, obra maestra de discreción, equilibrio y sabiduría. En ella se refleja, además, la santidad y la altura espiritual de Benito, según lo que dice San Gregorio Magno, en el capítulo 36, del segundo libro de Los Diálogos:

“Si alguien quiere conocer más profundamente su vida y sus costumbres, podrá encontrar en la misma enseñanza de la Regla todas las acciones de su magisterio, porque el santo varón en modo alguno pudo enseñar otra cosa que lo que él mismo vivió”.

1. — *Ubicación histórica de San Benito*

Benito de Nursia no es el fundador del monacato cristiano. Un siglo antes de su nacimiento, San Antonio, Abad, y San Pablo, ermitaño, habían echado los fundamentos de este género de vida, que se llamó el monacato. Hacia el 323, Pacomio, organizó la vida monástica en comunidad (vida cenobítica) y luego se formaron numerosos grupos o colonias de monjes, que poblaron el desierto de Egipto. En Europa, San Martín de Tours, en 361, fundó la Abadía de Liguyé, en Francia, y Juan Casiano (+433-434) fundó dos monasterios en Marsella promoviendo con su vida y sus escritos una reforma del monacato occidental.

Cuando Benito de Nursia se inicia en su vocación monástica, encuentra un conjunto de enseñanzas y una serie de experiencias de santos que le precedieron en ese mismo camino. El mismo dice en su Regla: “Ahí están las Colaciones de los Padres, sus Instituciones y Vidas, y también la Regla de nuestro Padre San Basilio...” (RB, 73,5). Casiano, especialmente por medio de sus obras, Las Instituciones y las Colaciones, era entonces el gran maestro del monacato de Occidente.

Benito se nos presenta, pues, como un hombre enraizado en una tradición viviente. Tanto en su vida como en su Regla aparece cla-

ramente este aspecto importante, que debe ser valorado y explicado adecuadamente. La novedad de Benito de Nursia no está tanto en una concepción original o genial, cuanto en la sabiduría del discernimiento y en la prudencia y sensatez de la organización.

La innovación introducida por Benito en la corriente monástica está además, en la capacidad de adaptarse a las distintas circunstancias en que vive cada comunidad y a las condiciones personales de cada monje. Esta síntesis entre tradición y actualización se consigue eficazmente sobre todo por medio de dos principios estructurales, que sirven de base al modelo de vida monástica según la concepción de Benito: la Regla y el Abad.

2. — *La Regla y el Abad*

San Benito organiza la vida monástica partiendo de estos dos elementos: una regla y un abad. En el primer capítulo de la Regla se hace una tipología de los monjes de entonces y el autor opta decididamente por los cenobitas, a quienes define diciendo: “el primer género de monjes es el de los cenobitas, es decir, monasterial, que militan bajo una regla y un abad” (RB 1,2). En la Regla están contenidos los principios doctrinales y espirituales, que ordenan la vida de cada monje y de la comunidad, según lo que establecía la tradición antigua del monacato. El Abad, como padre espiritual de los monjes y como pastor de la comunidad, tiene como misión carismática hacer vivir los valores de la tradición monástica adaptándolos a cada persona en particular y a cada circunstancia concreta de la comunidad.

De esta forma se conjugan armónicamente dos elementos, que a veces podrían considerarse antagónicos: la ley y el espíritu, la organización y el carisma, la institución y la vida. El abad debe respetar y hacer observar la regla. Pero, a su vez, tiene suficiente autoridad como para cambiar y adaptar las normas de la Regla según lo exijan las condiciones del lugar o de las personas. No se deja lugar a un autoritarismo despótico, porque siempre está la Regla que limita las atribuciones del superior. Pero tampoco se endurece fríamente la Regla como si fuera una norma férrea, que destruye la vida de las personas, porque la presencia y la autoridad del abad, que es padre y pastor, puede y debe tener en cuenta las posibilidades y las limitaciones de las personas (cf RB 48,9,25; 55,20 etc.). Al abad le recuerda la misma regla que, teniendo en cuenta los ejemplos y testimonios de la Escritura, “ordene todas las cosas de tal modo que los fuertes deseen más y los débiles no rehuyan” (RB 64,19). E inmediatamente le dice que “mantenga esta Regla en todos sus puntos, para que habiendo administrado bien, oiga del Señor lo que el siervo fiel que a su tiempo suministró el trigo a sus compañeros en verdad os digo, afirma, que le constituirá sobre todos sus bienes” (ib. v. 20,22). Según el pensa-

miento del autor, la ley y la autoridad, la regla y el abad se ubican al servicio del bien espiritual de los hermanos, aceptando su crecimiento progresivo en el camino espiritual de cada uno.

En la teología de la vida religiosa no siempre se ha puesto suficientemente de manifiesto la complementariedad de varios elementos, que se suelen identificar cuando en realidad son distintos. Al hablar de autoridad y obediencia, generalmente se engloba en la "autoridad" todo aquello de lo que puede dimanar un mandato o una orden, sea el Evangelio, la regla o el superior. Sin embargo, cada una de estas instancias no es autónoma ni corre paralela a la otra, ni tampoco tiene el mismo valor y la misma función. Se da un ordenamiento interno dentro de la "autoridad". El superior, como pastor y padre espiritual, es el que tiene la misión y el carisma de interpretar la Escritura y hacer practicar la regla. Esto le impide constituirse en instancia totalmente autónoma y a veces arbitraria, tanto en la elaboración como en la ejecución de las decisiones. La Regla y, en definitiva la Escritura, siempre lo conducen y lo guían en el ejercicio de su función, que es carismática y al mismo tiempo institucional. Así la autoridad del abad o superior está limitada y moldeada por el Evangelio y la regla del instituto. Esta concepción del superior aparece claramente en los capítulos 2 y 64 de la Regla de San Benito (Cf RB 2,4). La preocupación, que debe tener el abad, es la fidelidad a la Palabra de Dios y el bien espiritual de los hermanos.

Es llamativa la insistencia de la RB sobre la función decisiva y central del abad. Casi podría parecer que refleja una concepción demasiado verticalista y autoritaria. Pero, si se tiene en cuenta este ordenamiento interno de la "autoridad", en la que se debe armonizar la función de la Palabra de Dios, la regla y el abad, se llega a valorar el equilibrio y la riqueza de la concepción benedictina de la misma autoridad y de cada una de sus instancias.

En la carta apostólica "Sanctorum Altrix" y en la homilía de Monte Casino, Juan Pablo II puso de manifiesto la importancia de la figura del abad en la concepción benedictina y la actualidad de este aspecto para la vida religiosa y eclesial actual. Dice expresamente:

"En la soledad que se ha instaurado en nuestros tiempos y que acá y allá presenta el aspecto de una "sociedad carente de padres", el Santo de Nursia ayuda a recuperar esa dimensión primaria —quizá demasiado descuidada por los que ejercen la autoridad— que llamamos *dimensión paterna*" (Sanctorum Altrix 6).

El ejercicio de esta "dimensión paterna" constituye uno de los desafíos de la vida religiosa actual. ¿Cuáles son los contenidos y cuál es la metodología adecuados para que el ejercicio de esta "dimensión paterna" promuevan y consigan el crecimiento de las personas, evitando los infantilismos y los autoritarismos...? Proba-

blemente cada familia religiosa debería encontrar su propio "modelo" en el ejercicio de la dimensión paterna, como cada cultura tiene su propia figura de "padre".

Todo lo que hemos dicho sobre la Regla y el abad nos lleva ahora a hablar sobre la Sagrada Escritura. En efecto, ésta es la fuente primera del contenido de la RB y ella es la que guía e inspira al abad en el ejercicio de su misión de padre y pastor: "es menester que sea docto en la *ley divina*, para que sepa y tenga de dónde sacar cosas nuevas y viejas" (RB 64,9).

3. — *La Sagrada Escritura en la RB y en la Vida Religiosa*

Una simple lectura de la RB muestra claramente el gran aprecio que el autor tiene por la Sagrada Escritura. Esto aparece en dos aspectos: primero, porque la Regla presenta con toda evidencia a la Palabra de Dios como *fundamento* de toda la vida monástica; y segundo, por el lugar que ocupa en la vida y en la espiritualidad del monje la "*lectio divina*".

Existen muy pocos libros de la literatura extrabíblica que estén tan impregnados con las expresiones y los temas bíblicos como lo está la RB. Se puede afirmar que la RB piensa bíblicamente y luego expresa el programa de vida monástico con términos y expresiones bíblicas. La Biblia se constituye así en el modelo y paradigma del diálogo del hombre con Dios.

Por eso, la Biblia es considerada con razón como la fuente literaria y doctrinal más importante de la RB. Es verdad que el autor de la regla no siempre fue directamente a la Biblia para encontrar los textos empleados o para familiarizarse con el lenguaje bíblico, que impregna todo el código monástico. Muchas veces otros autores anteriores de la tradición monástica le daban el material ya elaborado y agrupado por temas. Sin embargo, es importante reconocer que, sea directamente sea indirectamente, San Benito toma como fuente primera de su espiritualidad y del programa de vida monástica a la Palabra de Dios, presente de una manera viviente en la Sagrada Escritura.

En este campo San Benito sigue la tradición monástica primitiva. Refiriéndose al monacato primitivo, dice Colombás:

"En realidad, es necesario ignorar completamente los viejos documentos —o estar obcecado por prejuicios dogmáticos— para no percatarse de los múltiples lazos que unen el monacato primitivo a la Sagrada Escritura. Incluso puede decirse que no hay página salida de manos de los monjes o que se ocupe de ellos, que no nos brinde algún dato sobre este particular. Y pronto se apodera del lector desapasionado esta convicción: la vida monástica se basa en la Biblia, los monjes antiguos vivían de la Biblia y su espiritualidad estaba henchida de savia bíblica" (Yermo, 1963, p. 4).

Al analizar los temas espirituales más importantes y las estructuras monásticas fundamentales se llega a la conclusión que todo tiene referencia a la enseñanza bíblica y se fundamenta en la Palabra de Dios. Se podría discutir la interpretación que en algunos casos se hace de determinados textos bíblicos. Pero, hay que reconocer el valor del principio general: La Palabra de Dios es la fuente de donde surge y en donde se nutre la vida monástica, según la presenta San Benito en su Regla. Esto se puede constatar en los capítulos en que se habla de la oración personal y litúrgica, de la humildad y la obediencia, de la caridad fraterna o en la enumeración de los instrumentos de las buenas obras, como cuando describe las estructuras comunitarias de la pobreza, de la autoridad abacial, de la corrección fraterna y en general de toda la organización del monasterio.

En resumen, el monasterio debería ser el lugar en donde se proclama, se escucha y se practica la Palabra de Dios. El ambiente general debe favorecer esta "escucha" atenta de la voz de Dios. El prólogo de la Regla es un modelo de catequesis sobre la riqueza y el valor de la Palabra de Dios tanto en el llamado o vocación a la vida monástica como en el contenido y el espíritu del carisma benedictino. Estos se ven en la perspectiva histórico-salvífica: "*Escucha*, hijo, los preceptos del maestro e inclina el oído de tu corazón; acoge de grado y cumple con eficacia la admonición del padre piadoso, a fin de que vuelvas por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien te habías apartado por la desidia de la desobediencia" (RB, prol. 1-2). El programa de vida del monje consiste en rehacer el camino hacia Dios, escuchando su Palabra y cumpliéndola por la obediencia.

El monje se enriquece espiritualmente no sólo en su oración litúrgica del Opus Dei (Oficio Divino), impregnado de la Palabra de Dios, sino también en y a través de la *Lectio Divina*.

La lectio divina consiste ante todo en leer la Sagrada Escritura. Para los antiguos monjes y también para Benito "la Biblia era su lectura esencial, asidua, imprescindible, a veces única... La lectura de los monjes era una lectura lenta, tranquila, rumiada, saboreada, ajena a todo interés extraño a la misma lectura. Nosotros, de ordinario, leemos por un interés utilitario; ellos leían por leer." (Colombás, El monacato primitivo, II, p. 347s).

En la organización de la jornada monástica, San Benito destina un tiempo bastante prolongado a esta práctica monástica de la "Lectio", que, si bien no es un trabajo meramente intelectual o científico, exige sin embargo, esfuerzo, dedicación y preparación intelectual. La presencia de la Palabra de Dios en la vida del monje se hace viva y constante y poco a poco va moldeando su espiritualidad y su misma oración.

Como aporte para la teología de la vida religiosa podríamos tener en cuenta estos tres aspectos:

- a) La Sagrada Escritura debería inspirar y dar contenido a toda forma de vida religiosa;
- b) La Vida Religiosa tiene un valor en sí misma en cuanto es una vivencia de la Palabra de Dios de parte de cada consagrado y de parte de cada comunidad;
- c) Es necesario darle la debida importancia a la Sagrada Escritura tanto en la formación a la vida religiosa como luego durante la vivencia de la misma.

El Concilio recordaba y exhortaba a todos los religiosos, diciendo:

“Tengan, ante todo, diariamente en las manos la Sagrada Escritura, a fin de adquirir, por la lectura y meditación de los sagrados libros, la eminente ciencia de Jesucristo” (PC 6).

4. – *La comunidad*

Ya hemos dicho que San Benito escribe su Regla para los cenobitas, es decir, para los monjes que viven en *comunidad*. Es verdad que luego no se detiene en presentar una teoría sobre lo que debe ser la comunidad. Simplemente la organiza y le va infundiendo el espíritu solidario y fraterno al describir los diversos elementos, que integran la vida del monasterio, y al presentar las actitudes interiores, que debe tener cada monje en su vida personal. El carácter familiar de la comunidad benedictina se deriva necesariamente de la paternidad espiritual del abad y del voto de “estabilidad”, por el cual el monje se une para siempre con una determinada comunidad. Esta permanencia en un lugar y en una comunidad es una característica propia de la vida monástica según la RB, que define un estilo de vida y que incide fuertemente en la misma vida comunitaria.

Resumiendo lo que la RB dice sobre la comunidad, podemos considerar tres aspectos, que se relacionan con los elementos más importantes de la vida del monje.

- a) La comunidad es “taller” de purificación: en el capítulo 4 de la RB se enumeran los “instrumentos de las buenas obras y al terminar dice: “la oficina (el ‘taller’) en donde hemos de practicar con diligencia todas estas cosas, es el recinto del monasterio, guardando la estabilidad en la familia monástica” (RB 4,78). La comunidad es el lugar en donde el monje se va purificando por medio de un entrenamiento ascético, que exige algunas renunciaciones corporales, pero que sobre todo implica las grandes renunciaciones del espíritu: una humildad y una obediencia llevadas hasta sus últimos límites y que constituye el despojo más absoluto de todo lo que el hombre puede apreciar fuera de Dios. La fidelidad dia-

ria en el cumplimiento de las normas de la vida comunitaria pule y modela el espíritu y el corazón del monje de una manera casi insensible.

b) La comunidad es escuela de amor fraterno y de servicio mutuo: el fruto más precioso del entrenamiento ascético es el amor. Casi al final de la Regla, San Benito, en el capítulo 72, habla del "buen celo que deben tener los monjes". La vida de comunidad enseña a amar sinceramente y a servirse mutuamente por amor a Cristo. Cristo debe ser visto y amado en el abad, en el enfermo, en el huésped, en el pobre y en general en el hermano. Si el monje vive en esta atmósfera de fe, encuentra en la vida de comunidad una cantidad de oportunidades en donde puede ejercitar su amor fraterno y en donde puede crecer constantemente en su capacidad de amar. Por eso la comunidad es una auténtica escuela de amor y de servicio.

c) La comunidad monástica es escuela de oración: el ritmo de vida comunitario, marcado por la oración litúrgica del Opus Dei, y el ambiente de soledad y silencio, en que vive el monje, le ayudan y le enseñan a rezar. Es llamativo que la RB no presente un método de oración ni señale los caminos del diálogo contemplativo del monje con Dios. Esto no quiere decir que a San Benito no le interese esta experiencia directa de Dios. El monje, que es fiel a la vida de comunidad, llegará a una intimidad y a una comunión profunda con el Señor y entonces el mismo Espíritu lo conducirá por los caminos de oración y de contemplación, que El quiera. Así se ve cómo la contemplación se consigue, en la vida monástica, mediante un trabajo asiduo y perseverante de purificación, mediante una práctica generosa de amor fraterno y de servicio mutuo y mediante una dedicación constante a la vida de oración comunitaria. En todo este proceso el monje es movido y asistido por la gracia del Espíritu, verdadero maestro interior y dador de todo don espiritual.

Podríamos señalar muchos otros valores de la comunidad. Pero, me parece más útil, para la teología de la vida religiosa actual, indicar algunos "límites" de toda comunidad religiosa. Ante todo, creo que no resulta provechoso para la vida y para el crecimiento de las personas "idealizar" la comunidad de tal manera que resulte prácticamente inaccesible. No sólo porque el realismo de la experiencia muestra que la comunidad perfecta no existe, sino también porque en su misma realidad la comunidad religiosa reviste límites necesarios, que siempre se van a dar en toda comunidad. Además, la comunidad religiosa no debe ser considerada como un fin en sí misma, sino como un medio al servicio de la santificación de las personas.

Con respecto a los límites de la comunidad religiosa, se pueden señalar los siguientes:

a) la comunidad religiosa no es, ni pretende ser una familia humana. Muchas veces se compara a la comunidad religiosa con la familia humana y se señalan aun las ventajas de aquélla con respecto a ésta. Pero, la complementariedad psicológica y afectiva, como muchos otros valores positivos, que existen en la vida de pareja y de familia nunca pueden encontrarse en la experiencia comunitaria de la vida religiosa. La comunidad religiosa no tiene como finalidad suplir aquello, que libremente se dejó. Por eso se requiere una madurez humana y una generosidad sobrenatural muy grande para no buscar compensaciones mezquinas en la vivencia comunitaria. La comunidad religiosa brinda riquezas muy grandes, pero de otra calidad: el amor e incluso, cuando se llega a dar, la amistad sincera en la vida consagrada revisten una intensidad y una fuerza especial, que ensancha el corazón de la persona y le permiten experimentar una plenitud y una libertad, que quizás no puedan existir en otro estado de vida. De aquí se deduce que no se puede pedirle a la comunidad religiosa lo que no puede, ni quiere brindar. Por otra parte, no sería honesto transferir a la comunidad los problemas personales, que debería solucionar cada persona, ni pretender que la comunidad solucione las carencias, que cada uno debería superar.

b) Otro límite necesario de la comunidad religiosa está marcado por la "soledad" de todo consagrado. La comunión que se vive en la comunidad religiosa, formada por personas "consagradas", siempre debe respetar y tener en cuenta la soledad infranqueable del "monachos" (monje = solo), del "célibe". La aceptación gozosa de la soledad personal y de la soledad del prójimo incide en la vivencia de la dimensión comunitaria y muchas veces la limita. La comunidad monástica es una comunión de solitarios... La soledad del consagrado está fundada en la pertenencia total a Dios y en su relación única y exclusiva con Aquel a quien se sirve con la totalidad del ser: cuerpo, espíritu y corazón. Es verdad que esta soledad nunca debería vivirse de una manera individualista o egoísta. El que vive en plenitud su soledad llega a una comunión muy honda con Dios y desde esa comunión se abre alegre y generosamente a sus hermanos. La garantía de autenticidad de la soledad está en la capacidad de amar, en la alegría de la entrega y en la generosidad de la donación.

c) Existe también otro aspecto que limita los valores de la comunidad en cuanto tal. Me refiero a la "historicidad" de toda comunidad. En efecto, toda comunidad tiene un pasado, un presente y un futuro. Además tiene un ritmo propio marcado por las posibilidades concretas de las personas que la integran y por los condicionamientos ambientales. Si no existe una comunidad perfecta desde el punto de vista de las personas que la forman, tampoco existe una comunidad perfecta desde el punto de vista de las realizaciones históricas. Toda comunidad religiosa es una comunidad

“peregrina”, que avanza y retrocede, que camina, se detiene y vuelve a emprender la ruta hacia una meta, que nunca se alcanza plenamente. Todo esto muestra cómo cada momento histórico de toda comunidad tiene sus límites, que se deben aceptar para luego hacerla adelantar.

Actualmente somos muy sensibles al aspecto comunitario de nuestra vida consagrada. El descubrimiento de los valores teológicos y pedagógicos de la vivencia comunitaria y de sus grandes posibilidades nos debería animar a trabajar para conseguir una auténtica vivencia de todos esos valores y posibilidades. Pero, no se deberían olvidar los “límites” que reviste esta estructura de la vida religiosa, que en definitiva debe ayudarnos a conseguir el fin primero de nuestra consagración: nuestra comunión con Dios y con nuestros hermanos.

5. – *La oración y la contemplación*

San Benito fue un hombre de oración y un verdadero contemplativo. La RB ordena la vida del monje y las actividades del monasterio de tal manera que todo conduzca a la oración y a la contemplación. El lema tradicional de los benedictinos “ora et labora” señala dos ocupaciones fundamentales de su programa de vida. La oración y el trabajo jalonan el día del monje y llenan su vida.

Sin embargo, la RB no presenta ni métodos de oración, ni teorías de contemplación. Pero, del conjunto de sus prescripciones podemos descubrir el itinerario de oración del monje benedictino. El punto de partida es su deseo de “*buscar a Dios*”. Esta búsqueda de Dios se convierte en un diálogo filial, que va creciendo y madurando a través de una serie de prácticas religiosas, que le dan contenido y continuidad. La búsqueda de Dios se alimenta en la “lectio divina”, se encarna en la vida del monje mediante el trabajo de purificación interior, se expresa en la práctica de la caridad fraterna y se vive en plenitud en la oración personal y litúrgica. Lo peculiar de la búsqueda de Dios del carisma benedictino está en la acentuación que se pone en su ejercicio: ambiente externo propicio del monasterio, separación del mundo, ayuda fraterna, organización de las ocupaciones y trabajos, ordenamiento de la vida de oración, etc. El monje debe ser un “enamorado de Dios”. Su preocupación y su interés giran alrededor de El. Su corazón y su mente tienden hacia El. Nada ni nadie debe apartarlo de El y todo lo lleva a El. Dios es el centro de la vocación monástica.

El monje es un “oyente” de la Palabra de Dios. Su vida es un ejercicio y un aprendizaje de esta “escucha”... Por eso, medita y celebra las maravillas de Dios en la *liturgia*, guarda en su corazón la inmensidad de Dios y de sus obras y trata de vivir en su presencia. Sabe que Dios está presente en el hermano y por eso vive

la fraternidad cenobítica con una motivación de fe. Esta búsqueda de Dios ilumina, así, y vivifica todas las dimensiones y todas las prácticas de la vida monástica.

Esta misma búsqueda constante de Dios nos hace pensar en la *dimensión contemplativa* de la vida cristiana, que el carisma monástico desarrolla a través de una serie de prácticas ascéticas y disciplinarias. La *liturgia* diaria con su ritmo propio y su pedagogía sabia y serena introduce al monje en la contemplación de los misterios de la historia de la salvación, especialmente de los misterios de Cristo. La celebración de las fiestas litúrgicas y la alabanza diaria de la Liturgia de Las Horas constituyen momentos privilegiados del encuentro personal del monje con el Dios Salvador, revelado en Cristo. La oración contemplativa se armoniza con la alabanza gozosa, con la acción de gracias y con la perseverante súplica en la espera del Señor. El carisma monástico encuentra su fuerza y su atracción en esta dimensión secreta, que conduce al hombre a un constante volverse hacia Dios en la serena seguridad de su presencia cierta, aunque oculta. La celebración litúrgica constituye así el elemento exterior más elocuente de la realidad interior de la vida monástica. Esta celebración es para el monje el "sacramento" de su comunión con el Señor: signo eficaz de la acción salvadora de Dios en su vida y expresión externa de la unión interior con el Señor que lo acompaña y vivifica.

La contemplación cristiana, que nace y se nutre en la liturgia no es ciertamente el único modelo posible de la comunión explícita con Dios. Pero, se trata de algo peculiar y muy rico, que no se puede descuidar en la vida de la Iglesia y en la gran variedad de las familias religiosas. Es verdad que la dimensión contemplativa del bautizado puede desarrollarse por otros caminos igualmente genuinos y válidos. Pero, la serenidad objetiva y el realismo sano de la oración litúrgica ciertamente favorecen la autenticidad de un diálogo salvífico sacramental y permiten un crecimiento espiritual marcado por la perseverancia y la repetición armónica de los ejercicios y de las mismas oraciones. Para muchos esta pedagogía es la más eficaz para llegar a una auténtica contemplación.

Muchos indicios nos hacen pensar que el mundo actual está hambriento de Dios. Muchos hombres buscan métodos y fórmulas para aprender la oración y la contemplación. Hay quienes lo buscan en métodos y religiones orientales; otros se encaminan por sendas equivocadas de evasión despersonalizante o destructora. El monacato cristiano debería dar una respuesta cristiana al ansia de oración y de contemplación. En esto aparece la vigencia de uno de los valores centrales del carisma monástico: la dimensión contemplativa del cristianismo, precisamente en un mundo y en una Iglesia muy solicitadas por las urgencias y las atracciones temporales y periféricas.

6. — *El trabajo*

El trabajo, tanto intelectual como manual, ha sido en la historia y en la espiritualidad monástico-benedictina uno de los valores más característicos. Cuando San Benito comienza a hablar del trabajo de los monjes recuerda que “la ociosidad es enemiga del alma”. Y luego dice: “si las circunstancias del lugar o la pobreza exigen que ellos mismos tengan que trabajar en la cosecha, que no se disgusten, porque precisamente así son verdaderos monjes, cuando viven del trabajo de sus propias manos, como nuestros padres y los apóstoles” (RB 48,1 y 7s).

Estas dos sentencias de San Benito muestran el sentido que le da al trabajo cotidiano del monje. Valor ascético y práctico. Lo importante no es la productividad o la realización de tal o cual trabajo o la dedicación a una determinada ocupación. El trabajo tiene que estar en función de la vida espiritual del monje y tiene que ser un medio concreto de ganarse la vida, aun con sacrificio y dolor. De esta forma el trabajo es un momento de la vida del monje, que siempre tiene como meta la “caridad perfecta” (RB 7,67), y es, al mismo tiempo, un medio de llegar a la transformación del corazón en el seguimiento de Cristo. Por eso, cada uno hará el trabajo que se le ordene y “a los hermanos enfermos o delicados se les encomendará una clase de trabajo mediante el cual ni estén ociosos ni el esfuerzo los agote y los haga desistir” (RB 48,24).

En tiempo de San Benito el trabajo manual era algo propio de los esclavos y por consiguiente era considerado como algo degradante y que no correspondía a la dignidad del hombre libre. Frente a esta concepción, la RB y la tradición benedictina presenta una nueva manera de considerar el trabajo. Lo dignifica y le concede el valor real que tiene en la vida del hombre a la luz de la Palabra de Dios. El ejemplo de los apóstoles y de los antiguos monjes ilumina el sentido del trabajo monástico. Actualmente, la “teología del trabajo” y de las realidades terrenas ha mostrado nuevas dimensiones del mismo, que no se encuentran explícitamente en la presentación que la Regla hace del trabajo del monje. La enseñanza del Vaticano II sobre la “actividad humana en el mundo” debe ser tenida en cuenta para una relectura de la Regla y para descubrir el valor y la actualidad de este elemento de la vida y del testimonio monástico.

El trabajo como medio concreto de vivir la pobreza, como colaboración con la obra creadora de Dios, como manera de compartir las angustias y las alegrías de los hermanos, como camino de perfeccionamiento personal y como oportunidad de servir a los necesitados es un valor muy actual, que la vida religiosa en general debería hacer presente en la sociedad actual. Para ello sería necesario relativizar algunos aspectos, que suelen aparecer

en la manera y en las motivaciones, que se tienen en la dedicación al trabajo. Este no debería ser un medio de “acumular riquezas materiales”, ni un medio de dominar y esclavizar a los demás. Tampoco debe ser tan absorbente, que se convierta en un medio de alienación y despersonalización, ni un simple pasatiempo, sino algo serio y responsable, capaz de desarrollar todas las cualidades del hombre.

De esta forma, el trabajo “así como procede del hombre, así también se ordena al hombre. Pues éste, con su acción, no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo. Aprende mucho, cultiva sus facultades, se supera y se trasciende. Tal superación, rectamente entendida, es más importante que las riquezas exteriores que puedan acumularse” (GS 35).

Por eso, el trabajo como valor de la vida religiosa, así como toda actividad humana, “permite al hombre, como individuo y como miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación” (ib.).

Con estas consideraciones podemos llegar a una revalorización del trabajo en la vida religiosa, mientras constatamos que se trata de uno de los valores, que pueden tener más incidencia en el testimonio monástico para la sociedad actual.

CONCLUSION

El objetivo que tuvo San Benito al escribir su Regla fue “construir una escuela del servicio del Señor” (RB, Prol 45). El Maestro y el Modelo en esta escuela es CRISTO. Por eso toda la vida del monje se centra en el seguimiento del Señor, “de modo que no apartándonos jamás de su magisterio, perseverando en su doctrina hasta la muerte en el monasterio, participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia, y merezcamos también acompañarle en su Reino” (RB Prol 50).

San Benito, sobre todo por medio de su Regla, presentó una manera de vivir la consagración a Dios, que a lo largo de 15 siglos ha sido experimentada por muchas familias religiosas. Las reflexiones, que hemos hecho, nos recuerdan algunos valores de ese modelo de vida que pueden ayudar a muchos otros a seguir trabajando en la renovación de la vida religiosa dentro de la Iglesia. El Santo Padre, Juan Pablo II, nos decía en Monte Casino:

“Esto pido a los benedictinos, esto desean todos en la Iglesia y en el mundo: que sean auténticos monjes según la mente del Patriarca, que “en realidad” (revera) —palabra que él utiliza— sean buscadores de Dios y que amen a Dios, que se alegren de vivir alejados del mundo, pero, por comunión de amor, unidos a los hermanos en el mundo, que vivan,

además, en un contexto familiar de obediencia y caridad, de donde nazcan la paz y la alegría: 'que nadie se perturbe ni contriste en la casa de Dios' (RB 31,19)".

P. EDUARDO GHIOTTO
Abad de la Abadía del Niño Dios
Victoria (E.R.)